

Revert

10/17

M. Soberanas.

MAL BIEN



Precio: 40 céntimos

RC
994

CASTELLÓN
Imprenta de Severino Mercé
1914

15000

*Al amic M. d'ius Berent, per a convenciment de lo mala-
ment que faig aquestas cosas, i per a donarli ocasió de
perdonar-me en la dolca para del treball i del amor, si
li plau.*

Sobriana

R. 1.711 F-13

27
1994

AL LECTOR

Lo malo como lo bueno, la verdad como la mentira, lo grande como lo pequeño, todo, lleva en sí la potencialidad creadora de un mundo.

Con ello la naturaleza nos enseña que nada en la vida hay despreciable. Todo cumple una finalidad, todo ejerce una función. La misma Ley que engendra la vida, inexorablemente engendra la vejez y la muerte; á la vez acrecienta y abate.

En esta colaboración universal, la inteligencia, sin sus- traerse a las leyes fatales, ha logrado poseer afectos que han hecho del hombre un eje de la vida.

El cumplimiento de sus necesidades, inexorable, exter- mina, limita y acrecienta la vida de plantas y animales, sin que a ellos les sea posible defenderse ni modificarse.

Pasa el tiempo, y sigue fatalmente la vida intermina- ble. Al hombre sirve el tiempo para perfeccionar los sen- tidos y reparar, con el cuidado y amor a unas especies, el dolor inevitable de las otras.

Lector, aprovéchalo.





LOS TOROS

SU ORIGEN Y CONCEPTO SOCIAL

Todos los pueblos, a medida que su bondad ha ido desarrollándose, asociándose en familias al calor de un hogar más ó menos rudimentario, han tenido necesidad de la ayuda de algunos animales menos sensibles a las fatigas del trabajo y más fuertes para soportarlo. Y el cariño nacido por la compañía de estos animales, debió extenderse a otros también inofensivos aunque menos necesarios, y por esto hoy día, se hallará en todo el mundo muy pocas familias que no extiendan sus afectos a alguna de estas bestias: perros, gatos, pajaritos, borriquillos, caballos, mulos, bueyes, etc., entre nosotros. La diversidad de climas y producciones, solo ha cambiado las especies. Así en otros países tienen el bisonte, la cebrá, el dromedario, el camello, el elefante, etc.

Casi todos conocen la casa, á su dueño y á las personas que le rodean; oyen y obedecen sus mandatos, sienten la cólera y agradecen las caricias. Ningún sér humano es insensible á sus dolores.

Y flotando por encima de las pasiones, existe en todo el mundo un amor, un cariño tan grande a estas bestias, que como una moral universal, señala, con el respeto y el trato que reciben, el grado de cultura siempre, y á veces la bondad de sentimientos del que lo posee. Efluvios del corazón, afectos del alma que nacen espontáneos pagando con nuestro amparo los bienes que su fuerza y sus caricias nos producen. En toda la Tierra no hallaréis un solo pueblo, una sola familia que no rinda culto á esta moral como un efecto de la costumbre, como un sentimiento de bondad nativo. Y ningún hombre se separa de esta regla que rige su voluntad y concibe y separa el bien y el mal sin reflexionar, sin que el cerebro intervenga. Espontaneidad de amor á los hijos, al perrito que con el hijo juega y vigila el hato, al caballo que tira de carro y conduce la familia, al buey que labra la tierra y nos alimenta con sus carnes. Es espontáneo porque a la vez es egoísmo y es amor, es apoyo de la debilidad y es consuelo de la desgracia, es fin y principio de la especie, es ley de nuestra superioridad y razón de nuestra existencia.

La razón de la vida en todos los pueblos ha creado esta necesidad y desarrollado esta moral, y del cuidado y del amor que se guarda con estas bestias necesarias, se deduce casi siempre el grado de cultura de los pueblos civilizados y el grado de bondad entre los cafres, sin que ni a unos ni a otros se les conozca fiesta alguna que tenga por base el

martirio de estas bestias; y tan lejos están de sentir regocijo por el dolor que se les puede causar, que nadie podría hacerles creer, sin ellos verlo, que sus sufrimientos son gozo y alegría de otras gentes.

Entre las bestias más universalmente conocidas como mansas de utilidad, es el buey, dócil y fuerte, de corta vida, que ya en remotas épocas era el único que labraba la tierra y tiraba de la carreta rudimentaria para llevar al mercado la cosecha. De su carne se alimenta una gran parte de la humanidad y de su piel se fabrican los cueros tan necesarios.

Es, pues, el buey, paciente, inofensivo y útil, que llena en la vida del hombre grandes necesidades. Su gran poder está siempre puesto á nuestra ayuda sin rebelarse y puede vivir y vive bajo nuestro techo como un compañero de la familia, inspirando afecto y amparo. Este es el concepto que de él guardan todos los hombres.

La ciencia de crear buenos toros

El ideal del hombre, además del afecto que el roce con estos animales produce en su ánimo, es el de convertirlos en auxiliares de su descanso, cultivando y desarrollando sus particulares aptitudes, con la misma naturalidad que el padre educa al hijo de su vida y le inclina por la senda del bien y del trabajo, es la necesidad de rodearse de seres que favorezcan su bienestar, de igual modo que el árbol busca la luz y el aire, es el sordo luchar de las especies, es el progreso de la humanidad del que tampoco existen excepciones en ningún pueblo, es ley de vida que los humanos dulcifican con su inteligencia favoreciendo el desarrollo de los buenos y exterminando a los malos, y es moral que flota en el ambiente sin leyes que la regulen, religiones ni fronteras que la proscriban.

La conversión del buey en toro es la excepción de esta regla. El buey es manso; el toro es peligroso. La nobleza de su bondad se ha convertido en nobleza de su fiereza. La altiva nobleza del herrero frente al yunque, convertida en fiero andar de bandolero. Esta es la ciencia.

Y cruzando siempre los más malos ejemplares de la especie, ván adquiriéndose otros menos sensibles al bien, y cultivando sus instintos peores y desarrollándolos con engaños, se consigue mantener de continuo la acometividad y el recelo y del que no se logra sofocar sus naturales instintos de bondad, no sirve.

Y los hombres que están al cuidado de estas bestias, los veréis el día de la fiesta en cualquier rincón de la plaza mirando la agonía de los animales corriendo de un lado á otro cubiertos de sangre, tristes o satisfechos, según el número de heridas que vén soportar a cada uno hasta caer rendidos o muertos. Así como un autojuicio de la maldad convertida en bien. La razón desviada de las leyes naturales juzgando la propia inteligencia al servicio de la bondad de una mala obra. La animadversión razonando. Esta es la ciencia.

EL ESPECTÁCULO

Cuando la alegría de las grandes multitudes se vé concentrada en un punto, el colorido, la expansión, el sano despertar de las almas al goce de la vida produce un efecto indescriptible. La alegría entrando por los ojos paraliza el cerebro, el aire ensanchando los pulmones insensibiliza el corazón, el entusiasmo hace olvidar los recuerdos, y al desbordar las emociones estallan los nervios en dulces sacudidas de placer.

Es el día venciendo á la noche. Es el triunfo de la vida.

Es propio de las grandes multitudes reunidas con propósito de divertirse, de distraer sus pensamientos de las preocupaciones ordinarias del vivir, y esta necesidad que tiene tanto de inocente como de egoista, conduce á los pueblos a la expansión de sus costumbres, asociando a sus alegrías alguna obra de bondad. Los pueblos civilizados cultivan las grandes expansiones populares como obra educadora. El hombre suele sentirse en estos momentos separado de sus recuerdos, completamente libre; aislado entre tantos, desafía las conveniencias sociales y reta a la Ley que cohibe, y su viril continente al observar sobre las cabezas de los demás, adquiere nobleza de león desafiando los peligros de la selva. El espacio es pequeño para su mirada, el mundo es suyo. No sintiendo nada que le cohiba, su voluntad sin brújula se halla a merced del instinto, y la costumbre y el hábito sin leyes ni temores determinan el límite de la expansión humana y el comienzo del obrar del bruto.

¡Regeneración! ¡Evolución! ¡Educación! No tendrían ningún sentido estas palabras sino existiera en los pueblos civilizados el ideal de hacer cada día más sensible la raza humana a sus defectos, el deseo de hermanar la libertad y el bien, el perfeccionamiento de la especie.

Todos los órdenes de la vida revelan la existencia permanente de este ideal. Es la choza, la cabaña, la barraca, la casa y el palacio; los medios evolucionando desde el poder de la fuerza al poder del derecho, y los pueblos desviados de este ideal pereciendo bajo tutelas humillantes.

Y la educación del sentimiento de las multitudes ensanchando los límites del derecho en su perfección ascendente, y los pueblos asociando a sus fiestas las obras de bondad. La alegría buscando la causa.

Un caballo que arrastra las tripas y un pueblo que viste de fiesta. En las leyes naturales que rigen la humanidad no tiene explicación. Es una piedra tirada al espacio, que no cae.

Adornar con lazos de seda una aguja y clavarla a la espalda del bruto, y reír; enfurecer, perseguir, engañar, herir y matar por gusto en un pueblo que sigue las evoluciones de la especie, no se explica.

El buey preparado para ser malo, no ha logrado desarraigar la docilidad de su origen de bestia noble, y se le clava una aguja y se suelta. El dolor le empuja a desahogar su furia en un caballo y mientras le va-

cia las entrañas con los cuernos, el ginete le hunde en las espaldas la punta de un palo, y la gente goza. Y terminados los caballos persigue a los hombres y dá con la cabeza en los obstáculos, y cubierto de sangre acude, le citan, le engañan y la vez que alguno de ellos se le acerca, abre nuevos agujeros en su carne y él corre, huye, desespera y el público aplaude y diez, quince, veinte heridas abiertas lentamente han vaciado su sangre en la tierra y rendido, cae, muere, y la gente ríe.

Ni bárbaro, ni cruel, ni inhumano: és.

Aplaudir las piruetas del hombre frente la bestia que muere, es grande; sentir que le parten el corazón y rugir de alegría, es sublime.

Y no remontar la historia que nada hallaréis.

Es este un caso nuevo. Con los hombres arrojados á la voracidad de las fieras vengaba el pueblo su enemistad; era la Justicia, cruel si se quiere, que se cumplía. Nada cabe de esto. La sobreexcitación de los nervios paralizando el sentimiento, y la vista absorbiendo el espacio. Es el niño, el hombre primitivo, el animal que se produce. La desviación de la razón mantenida por la costumbre y la ley.

El hombre no vá a la fiesta con el propósito de ver martirizar y matar a unas bestias, es la realidad que se produce.

El niño juega con el pajarillo y quiere ver qué hace cuando se le aprieta mucho; siente que lo mata y aprieta y aprieta y se muere; no lleva el propósito de matarlo, la muerte, es.

La ley ampara esta costumbre y en ella desliza el hombre su curiosidad.

Quiere ver qué hace una fiera en libertad para hacer daño, quiere ver qué hace cuando se le hiere, quiere ver el mal que soporta, quiere ver qué hace un hombre perforado por los cuernos, y las propias emociones solo son curiosidades satisfechas.

Y no siente el deseo de matar; es una necesidad inevitable. El quiere ver partido un corazón, unas entrañas hundidas, el tambalearse de una bestia en la agonía, y acude a verlo porque la costumbre le absuelve y la ley le ampara. Y por la costumbre de verlo acaba por admirar la habilidad y la gracia con que se hacen estas cosas.

Imaginar Europa llena de plazas de toros; el espectáculo de una fiesta escapa á la imaginación.

Prolongar la agonía del animal porque es bello; sentir el valor del engaño, pensar y amar, solo puede ser el destino de la raza, desviado. El animal no haría más.

CAUSAS Y EFECTOS

Es difícil de limitarlos. En las cuestiones sociales van siempre tan unidos, que aparecen como una cadena sin fin tejida por el tiempo. Las dis-

cusiones de los hombres determinan el valor de cada pieza, y llevando todos el mismo ideal, el Bien, aceptan los unos como causa lo que otros toman como efecto. Y en todo veréis la misma diversidad, sin la cual el hombre no hubiese podido desarrollar la inteligencia. Y las generaciones y las civilizaciones sucediéndose y el ideal de felicidad renovándose.

Ved aquellos dos pueblos en lucha. Se disputan un pedazo de la tierra y unos hombres. Ambos llevan el mismo ideal: hacerles felices. Examinad la lucha de estos otros. Quieren imponer la propia religión para salvarse. Siempre un ideal de bondad. El mal como placer en el hombre no existe. El mal es en él producto de la necesidad del vivir o del error. Y si en esta fiesta no existe la necesidad por parte de la gente que goza porque es la que paga, ni existe el error porque tampoco lleva el propósito de hacer el mal que hace, y si en ella satisface el pueblo una curiosidad y aplaude una gracia porque vé arte y valor en lo que otros pueblos vén crueldad y desdicha, manifestándose franco y noble en sus entusiasmos por una fiesta que le borra de la común aspiración humana, hace pensar que la psicología de un pueblo de estas condiciones debe mostrar a los hombres cualidades únicas que le hagan acreedor a su estudio. Su historia debe tener algo de anormal que le incline a desafiar el juicio del mundo aún en los ratos que todos los seres dedican a la meditación.

El que esto escribe estuvo de soldado en las últimas guerras coloniales que terminaron. Desde Barcelona a Sevilla fuí en tren con unos doscientos más que también iban a la guerra y como íbamos a la guerra, quitamos viandas de las cantinas, entramos en los andenes de las estaciones a coger naranjas para tirarlas a la gente, nos llevamos un pellejo de vino y nos emborrachamos, rompimos los cristales de las ventanillas, vendimos la ropa, nos ganamos los cuartos y nos los quitamos. Estuvimos dos días en Sevilla y aprendimos el andaluz. Embarcamos en Cádiz y llegamos a la Habana a primeros de Febrero del 98, cuando ya estaba pacificada. En el mes o más que estuvimos por la ciudad, daba gusto ver tanta cosa que no habíamos visto nunca. Lo que más llamaba nuestra atención era lo raro de tantas personas de color y a veces les reprendíamos. Ellas nos volvían la cara y se marchaban o nos daban cualquier excusa. A nosotros nos hubiera gustado que hubiesen sido insurrectos. Un día fué el Teniente Coronel al cuartel y nos dijo que nosotros habíamos venido a salvar el honor de la Patria.

Salimos por fin a operaciones al poblado de Campo Florido, a unos 40 kilómetros de la Habana. Nos habían dicho que estaba pacificado y nos alegró la vista de los fortines de defensa, los fosos, las alambradas, los soldados sucios con el arma a cuestas, y los cañones en mitad del pueblo. Ya veríamos si allí había paz. Se fué a la Factoría militar a por provisiones, se ataron los caballos en tierra, se nombró el servicio y pasamos la noche echados en la calle oyendo el ¡¡alerta!! de los centinelas: Al día siguiente pudimos ver que estaba todo bien preparado. Un

batallón de infantería, una batería de montaña y un escuadrón de caballería para guardar 500 vecinos.

Los primeros días de operaciones no hubo nada importante: guardar la línea para que pasaran los trenes y forrajear para dar de comer al ganado. Esto último no gustó.

Mi sección fué la primera que entró en fuego: unos disparos contra unos leños que los centinelas de las avanzadas los confundieron con insurrectos. En otro combate se mató a un hombre que iba con un saco de tabaco y se cogió a otro con un pedazo de tercerola. A éste todos lo querían haber muerto. El primer combate resultó una gran emboscada y el segundo el copo de la partida de Lima. Nosotros no tuvimos bajas. En otro encuentro nos tragimos un muerto que luego resultó ser un vecino que aquella mañana había salido á cavar, autorizado por la Comandancia; y al mes casi todos habíamos entrado en fuego. Una noche un ladrón saltó el corral de una bodega. El bodeguero le hizo dos disparos, los fuertes empezaron á descargar contra los insurrectos y nosotros gastamos todas las municiones tirando a los de la partida que querían entrar al pueblo a robar. Se mató a un caballo y se hirió a un soldado. Creo fué la primer baja que tuvimos. Al día siguiente aún se encontró un saco. Y unas noches después, otro tiroteo porque también quería entrar la partida. Con todo esto, las raterías entre nosotros, las calenturas, la miseria y la añoranza convirtiendo el Escuadrón en una desdicha. Los soldados casi todos enfermos, escondiéndose para subir al tren y huir al hospital y el ganado lleno de mataduras y sin poder andar de miseria. Una mañana llegamos cuatro a formar al rancho, y a fines de Julio, mi Escuadrón, con todo el Regimiento, fué destinado a San Felipe a guardar otra línea. Los 200 hombres, en cuatro meses quedaban reducidos a treinta o cuarenta, enfermos, y los 150 caballos a 70 ú 80, con una mitad que había que llevar del ronزال. Cada soldado cogió uno o dos caballos y los ató a la cola del suyo, uno detrás de otro, y emprendimos la marcha. En el poblado cercano, Minas, encontramos a los otros Escuadrones que también habían tenido muchas victorias y también llevaban muchas cruces y los caballos que se caían y no podían levantarse se mataban, dejándolos a un lado del camino; y los más listos quitando las latas de sardina y las galletas a los más tontos, se llegó la mañana del tercer día a la salida de Bejucal. El camino que teníamos delante era peligroso y había que prevenirse. Unos treinta o treinta y cinco jinetes soltaron los caballos que tiraban de la cola del suyo y los añadieron al final de las otras reatas, para así poder maniobrar más libremente en caso de un ataque del enemigo; pero como el enemigo no se presentó, al oscurecer llegamos a San Felipe.

Y unas noches después, quizá coincidiendo (igual dá) con la del 12 de Agosto, en la esquina del barracón, a la luz de la luna, jugando a la carteta con tres o cuatro más perdí varias veces los cuartos y el reloj, disputamos y nos acaloramos con una botella de Ginebra. Luego hablando hablando supimos que nuestro Regimiento estaba destinado al asalto de Nueva York y todos convinimos en ser de los primeros. Al día

siguiente pasaba al hospital y a los tres días salía y poco después, algo peor, volvía entrar en otro. En éste encontré muchos amigos del Escuadrón. A fulano le habían dado una cruz pensionada, a Carballo otra y propuesto para ingresar en Inválidos como herido en campaña. Cuando vino a verme le felicité. Carballo era un chico inútil que no se le enseñó la instrucción por tener la mano anquilosada, pero tuvo suerte porque este padecimiento le valió hacerle pasar como herido é inútil de resultas de la campaña.

Este hospital no tenía buena fama; pero nos gustaba porque era muy grande y había mucho que ver de enfermos y muertos. Cuatro chinos no daban abasto a sacar a tantos como se morían. No se acababan nunca. Siempre había un montón en el vagón depósito y como no se cuidaban de cerrarlo, las auras entraban á comérselos. Nosotros las espantábamos y ellas salían á veces con algún pedazo de carne que luego se comían sobre la marquesina del hospital.

A nosotros nos gustaba esto porque no lo habíamos visto nunca. A veces el espectáculo se hacía superior á nuestras fuerzas; pero enseñada nos reíamos de alguno que había quedado en mala postura. A veces iba alguno y cerraba el vagón; pero luego pasaba que no lo veíamos. Unos decían que si por la noche en el mismo tren se llevaban al mar y otros que si al cementerio. A mí me parecía que tendría que ser un cementerio muy grande para enterrar á tantos y otro decía que desnudos como iban ocuparían poco sitio. Luego venían muchos amigos de la representación, que estaba cerca, y contaban que en San Felipe ya estaban vendiendo el ganado, que si fulano se quedaba, que si el otro había muerto.

También se decía que si los americanos iban buscando soldados españoles para la escuadra porque éramos los más valientes, y que si fulano iría y que mengano también. A mí no me gustaba porque ya había visto bastante. En fin, con esto se llegó á últimos de Octubre y embarqué para España porque ya había terminado la guerra.

Cuando desembarqué, unas señoras ancianas, muy buenas, me dieron una copa de Jerez y una taza de caldo, en una estación me dieron leche y bizcochos, en otro pueblo cena y cama, en otro comida, y mi padre prometió que me compraría un traje nuevo y puso en mi reloj la cadena de oro de mi madre.

Aquella noche no salí de casa. Los amigos y vecinos vinieron á verme para oírme contar de la guerra y yo les expliqué los combates más comprometidos, la manera de tirar de los insurrectos, huyendo y *disparando por la espalda*, la vez que me libré de una emboscada por un cambio equivocado del servicio, otra vez que me salvé de milagro. Nos reíamos al ponderar lo negros que eran los negros, y ellos preguntándome si alguna vez había tenido miedo y si los americanos eran altos y si también los blancos eran negros, pasamos la velada y ya tarde se fueron marchando á dormir porque tenían que madrugar para arreglar las tierras. Y más adelante supe que el Gobierno nos había vendido y que el General Blanco nos quería sublevar.

Ni estúpido ni bárbaro: és.

El obrar de un pueblo en esta sublime inconciencia nos merece un juicio severo; solo es digno de estudio. Disparar contra unos leños y creer en una tragedia de emboscada; tomar por combates y copos de enemigos la muerte infeliz de sencillos campesinos, pasarnos las noches con la intranquilidad en el corazón disparando contra la quimera y hallar el día siguiente un saco abandonado, haber perdido la noción del yo y sentir la grandeza de un asalto, hallar distraído un hospital y curioso un montón de cadáveres, son estados excepcionales vividos y que vuelven á mí delimitados por claros recuerdos, y que guardan, cuando menos, de analogía con la fiesta flamenca, la fé, el amor, y la inconciencia con que fueron hechos y como los efectos de aquellas desdichas acabaron con una gran parte de nuestra juventud, con el hundimiento ridículo de unos barcos destinados a algo más noble y con la recogida de nuestras autoridades en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, reduciendo los límites de nuestra soberanía á una parte del solar ibérico y á unas islas que la naturaleza de sus habitantes, la bondad de su clima y las relaciones con los pueblos de Europa han desligado bastante de nuestras costumbres, parece ser que con lo pasado haya bastante para que los hombres de corazón estudien y mediten sobre la conveniencia de mantener las leyes que amparan una fiesta que la realidad muestra como un desafío a la moral humana, aun cuando no lleve este propósito.

Y de ahí las causas enlazadas con los efectos. ¿Nuestra cómica fantasía de la guerra, es efecto de la valentía flamenca del torero? ¿El arte y valentía del torero, es efecto de la falta de seriedad?

DE FUERA Y DE DENTRO

Es indudable que el conocimiento del concepto que los otros pueblos tienen de las propias costumbres, influye bastante en su conservación y desarrollo, pues que un deseo natural de agradar obliga poco a poco a modificarlas, procurando el respeto ajeno por la eliminación de la parte que puede ser objeto de mofa ó crítica. Y la crítica severa de las costumbres ajenas, que raras veces lleva el propósito de una ofensa, estimulando la perfección, estrecha y conserva las relaciones entre los pueblos y hace conocer los defectos colectivos de cada uno en la gran familia humana, que los medios de comunicación han estrechado. Por lo mismo que es imposible sustraerse a la crítica de los demás, precisa conocerla friamente sin propósito de desafiarla, ya que el permanecer indiferente ante el juicio unánime de los otros, solo había de conducirnos al aislamiento o al ridículo.

Y como conviene buscar las manifestaciones externas hechas por juicios elevados en momentos de reflexión, sin que en ellos aparezca la más pequeña sombra de desamor a nuestro pueblo, que, aparte su reconocida debilidad no había de poder inspirar, solo expondré unas pocas de estas manifestaciones; pero suficientes para hacer conocer el juicio del resto del mundo referente al espectáculo, que para el pueblo español es arte, valor y alegría y constituye la fiesta nacional de sus entusiasmos.

En 1901, la ciudad de Bruselas reunió en su seno las manifestaciones del trabajo, del arte y de la belleza de todo el mundo en una de estas grandes exposiciones universales que la actividad humana celebra de vez en cuando en las grandes urbes del Derecho, y la capital de Bélgica, vestida de gala, se dispuso a recibir a todos los hombres que de los distintos países de la tierra acudían para dar a conocer los progresos del trabajo y del arte y la belleza de sus pueblos. España también se asoció a esta manifestación de grandeza, construyendo un gran pabellón y exponiendo las muestras más perfectas de su industria y los mejores productos de la agricultura; pero un día llegó a Bruselas una cuadrilla de toreros españoles con el propósito de dar un espectáculo. La policía los mantuvo en la cárcel, y expulsados del territorio, los dejó más tarde al otro lado de la frontera.

Sabido es, que con ciertas restricciones que hacen menos repugnante el espectáculo, la ley permite en algunos departamentos del Mediodía de Francia la celebración de esta fiesta.

Dos palabras sobre el Midy.

El Midy es de origen español y la parte más atrasada de la Francia. Sus habitantes tienen fama de alabanciosos, perdonavidas y embusteros. Los franceses les quieren porque son franceses; pero guardan para

ellos en las francas expansiones de su alma el deje alegre del desenfado con algo de menosprecio y amargura.

Pues bien, hará menos de dos años, en la última etapa del Gobierno de Mr. Briand, un diputado francés se dirigió en plena Cámara al Presidente del Consejo y le preguntó si las miserias de la política no le daban tiempo para ver que una parte de la patria francesa se estaba embruteciendo. La parte de la patria francesa era el Midy y lo que le embrutecía era el espectáculo flamenco un poco menos salvaje que el nuestro.

Hará próximamente seis años, el Comandante de un acorazado japonés, en un viaje por Europa, hallándose en San Sebastián mostró deseos de ver esta fiesta original que le separase de las demás fiestas de Europa, casi todas parecidas, y las autoridades le llevaron a los toros. Al disponerse a matar el tercer buey, el Jefe se sintió indispuerto y salió de la plaza y se fué al buque. No se le pudo sacar su opinión. Solo cuando llegó a Lisboa manifestó que no la había comprendido, pero que si los hombres que hacían aquellas cosas un día desembarcaran en Yokoa-ma, no estarían en libertad.

Veamos ahora otros hechos dentro de nuestro pueblo, que demuestran la preocupación de algunos gobiernos y la vergüenza y sentimiento que produce a las personas que por su posición social han tenido que asistir al espectáculo sin haber sido educadas para recibir sus efectos.

A fines de la última temporada taurina, la esposa de Don Alfonso, como Reina, se vió obligada a asistir a una corrida en Bilbao. Esta Señora goza de muy nobles sentimientos y está educada en Inglaterra, en donde el respeto a los animales útiles y mansos, principalmente al caballo y al buey, merece compararse con el que guardamos nosotros a los seres más queridos. Se hallaban en la suerte del tercer toro y ella seguía conversando sin mirar a la plaza; pero un gran escándalo originado por un cambio de suerte le hizo volver la cara al redondel. Se tornó lívida, tapándose enseguida con el abanico. Debajo de su palco un caballo se estaba pisando las tripas.

En la última visita a Madrid del Sr. Presidente de la República francesa, entre las fiestas organizadas en su obsequio, figuraba una corrida regia con los mejores toreros. La etiqueta no admite excusas cuando un Soberano se halla de huésped en país amigo y se le invita á una fiesta para que conozca las costumbres. Seguramente el Sr. Presidente hubiera asistido a la corrida; pero el Sr. Poincaré es, además, Presidente de la Asociación internacional de protección a los animales, y la vergüenza de una posible protesta en todo el mundo hizo desistir al Gobierno de obsequiarle con esta fiesta.

Y no es esta la única muestra de preocupación que las autoridades españolas han dado en los últimos años referente á este espectáculo.

Recientemente, con motivo de nuestra acción civilizadora de Marruecos, los primeros inmigrantes españoles establecidos en Tetuán trataron de levantar una plaza de toros y el Gobierno español lo prohibió.

Hace unos doce años, á raíz de la promulgación de la Ley del descanso dominical, el Gobierno español se negó á incluir la corrida de toros

entre las excepciones del domingo. Si ella es una expansión, una fiesta, nada más racional que esta fiesta pudiera celebrarse los domingos; pero el Gobierno quiso poner dificultades á su desarrollo, á su perpetuación, y no permitiéndola en los domingos hacía más difícil mantenerla, y como es cara, creyó que con el tiempo y las dificultades hubiera desaparecido sustituida por otra. Resistió bastante tiempo contra los trabajos que la afición y los intereses creados hacían para restablecerla; pero al fin cedió sin haber pasado de ser una tentativa del poder.



Efectos de las Leyes

en el desequilibrio de las costumbres

La costumbre, que no es reflexión ni método, que no cansa, es la válvula menos sensible que elimina energías innecesarias y habitúa los músculos á producirse descansando. En todos los seres ejerce una función fisiológica modificando los órganos y adaptándolos á la mayor facilidad de producirse. Ejemplos los tenemos en todos los hombres: las manos y muñecas del labrador y del herrero, las piernas del montañés, la fina epidermis del hombre de gabinete, los brazos del ramero, el pecho y la vista del marino, el pecho y la vista del minero. En el orden moral: el hombre de Gobierno, el diplomático, el político, el religioso, el comerciante, el industrial, el labrador, el jornalero, la gente del campo y de ciudad, la de mar con la de tierra, veréis en todos diferentes maneras de producirse, modificada por la costumbre del trato con los demás, como consecuencia de sus funciones profesionales. Habitados los órganos á hacer una cosa, el hombre la hace sin fatiga.

Y el hombre que no se fija en estos fenómenos porque vé en todos una manera natural de producirse, siente satisfacción de dejarse llevar de la costumbre y no medita que modifica sus órganos adaptándolos á la función que desempeñan; y sea esta mala ó buena, una misma naturalidad, un mismo placer le hace saborear el bien ó el mal, según sea el resultado en uno ú otro sentido de la modificación de sus órganos ejercida por la costumbre. El hombre criado entre ladrones que no ha visto otro medio de vivir que el robo, ha educado sus órganos para las funciones de ladrón. En él es un bien el robo y un mal el no poder robar.

Nada de particular tiene, pues, la preocupación de los gobernantes acerca del desarrollo de esta fiesta, que la realidad la separa de las reglas morales comunes á los demás pueblos, y observan como la costumbre vá modificando sus órganos haciéndolos insensibles á la vista del dolor innecesario, desviándole del camino de la perfección, creando un estado de derecho que para el gobernante ha de aparecer como un salto en el vacío.

El gobernante tiene en sus manos la Ley y puede prohibir el espectáculo; pero conoce que la aplicación de la Ley en el desequilibrio de la costumbre cuando ésta ha modificado los órganos de un pueblo no había de poder ser sin dolor, y medita. Medita en la posible eficacia de la Ley, vé los infinitos intereses creados por el desarrollo de la fiesta y que sufrirían grandes perjuicios, examina la inocencia con que el pueblo asiste al espectáculo, y como él está infiltrado de los mismos efectos de su pueblo, acaba por parecerle natural, y cuando la realidad de alguna vergüenza le estremece, el cariño que siente por su pueblo la disculpa.

Solo cuando la responsabilidad le enseña la ruta del vacío pone obstáculos a su desarrollo, dejando al tiempo encargado de lo restante; y el tiempo y los obstáculos sirven a la afición para agrandar los entusiasmos y ensanchar los intereses, prosiguiendo audazmente la ruta del vacío como un reto a la civilización y a los destinos de la especie.

Mientras medita el gobernante la eficacia de las leyes en el desequilibrio de las costumbres, el pueblo une la fiesta con los hechos más grandes de la Historia.

Empeñada España en administrar y gobernar a los habitantes de la isla de Cuba y ellos empeñados en administrarse y gobernarse solos, era la tercera vez que se había acudido a la violencia para encontrar la justa medida de esta cuestión. Por la guerra habían dejado aquellos habitantes el trabajo, y a medida que extinguían sus reservas iban muriendo de hambre.

La isla, para España era un pedazo de la madre Patria y la madre tiene el deber de gobernar a sus hijos. Los sentimientos del pueblo español en este empeño los sintetizó un político en una frase: «*El último hombre y la última peseta.*» Y fiel a este sentimiento de su dignidad, cuando en el año 98 los habitantes de los Estados Unidos dieron la razón a los cubanos, nosotros también declaramos la guerra a ellos. Y vino la ansiedad del desenlace. Una escuadra navegando en las sombras de la noche y unos marinos llevando por los mares el porvenir de la Patria. Hoy ... mañana..... Al fin se conoció. La capital de España unió al desastre la alegría de una plaza llena y los ¡¡bravos!! y ¡¡olé!! a las grandes estocadas de la tarde.

Otros hechos tan significativos como el anterior, debidos al influjo de la fiesta, señalarán el actual período de nuestra historia, que sin duda llamarán la atención de los historiadores del porvenir cuando estudien con frialdad la evolución de nuestras costumbres y leyes. En lo pequeño se encontrarán con los reglamentos firmados por las autoridades, que solo permiten abrir el vientre a tantos caballos por cada buey, la división por tercios y tiempos que debe durar la agonía de las bestias con el máximo y mínimo de heridas que puede hacerse a cada una; las jerarquías de los toreros y los representantes de la Ley ordenando su cumplimiento.

En lo grande se encontrarán con la expansión de la lengua de Cervantes influenciando todas las literaturas del mundo con infinidad de palabras como *toro*, *muleta*, *volapié*, *verónica*, *farol*, etc., cuyo sentido no halla traducción directa en ninguna lengua, las relaciones con Méjico estrechadas y mantenidas por intercambio de toreros; el desarrollo de la fiesta borrando las huellas de la naturaleza y de la historia y afirmando la unidad nacional por el conocimiento que tiene el pueblo de los grandes toreros, y verán la lucha tenaz de los hombres del Renacimiento de Cataluña, de los cantones del bien y del amor, contra esta fiesta que embrutecía aquel pueblo trabajador y serio, y pueda que también vean en algún sitio sustituida la imagen de Jesús por el retrato de un torero. Lo que no podemos decir qué pensarán.

De la Justicia... Del Bien y del Mal La Gran Pagoda

Viendo en todos los pleitos a los abogados defender los intereses encontrados de sus clientes, viendo en todas las cuestiones el mismo sentimiento de Justicia en cada una de las soluciones contrarias con que cada cual intenta resolverlas y no encontrando en la tierra un solo sér que no cuente injusticias de su vida, forzosamente se habrá tenido que dudar de la Justicia.

Y es que la Justicia no puede ser más que una medida de egoismos, una transacción de intereses. Sustituyendo la sublime majestad de la Matrona sosteniendo una balanza, yo la imagino representada por una vieja avara, la vida, estrechando las manos de dos fieras. El egoismo nació el día que las manos de dos hombres se encontraron cogiendo el mismo fruto, y la Justicia debió nacer el día que el temor les hizo transigir. Creció la especie, y en el momento que los frutos que espontáneamente daba la naturaleza para alimentarla no fueron bastantes, nació el trabajo. Entonces conoció el bien y el mal, la noche y el día, el invierno y el verano, la vida y la muerte. Tuvo que remover la tierra para impedir el desarrollo de las plantas que no favorecían su vida, malas, y proteger las buenas y recoger sus frutos. Un día fueron otros hombres y le quitaron los frutos, y él abandonó la tierra y el trabajo. Y los que se los habían quitado le dijeron: trabaja, nosotros te garantizamos que la tierra que tú labres será tuya y los frutos también; pero trabaja más, y nosotros nos constituiremos en vigilantes de tu bienestar, te construiremos una choza mejor y te haremos otras herramientas menos pesadas y te tejaremos los vestidos; pero tú nos darás los frutos sobrantes. Y se hizo la Ley y el Derecho y triunfó la vida siempre arrastrando el trabajo, como un dolor inevitable. Un día sintió que sus músculos se rendían al peso del trabajo, y asoció la fuerza mansa del buey a sus fatigas. El buey removía la tierra y llevaba los frutos. Entonces conoció el hombre los grandes afectos de su alma, y empezó a trazar la misión de la especie estableciendo alrededor de sus necesidades y dolores y afectos las reglas de la moral humana: evitar el dolor siempre que sea posible, que desarrolló el sentimiento natural que produce la visión del sufrimiento ajeno, manifestado por el malestar y los impulsos de evitarlo.

De este sentimiento debió nacer la consideración de no prolongar la agonía de las bestias cuando la utilidad humana hace necesario su sacrificio. Es bueno, es útil, dolor es quitarle la vida; pero la vida del

hombre hace necesario este dolor, luego que sea lo menos doloroso posible. Moral humana común a todos los pueblos, practicada como resultado de las leyes naturales que regulan la vida de las especies.

Y cuando la razón ríe ante un caballo rajado, la Justicia solo puede juzgar al Infinito.

El refrán popular «*no hay mal que por bien no venga*», en el desarrollo de esta fiesta adquiere caracteres que invitan a la reflexión.

Es cierta la frase popular. No hay ningún mal que no produzca un bien, lo que es lo mismo: el mal absoluto no existe ni el bien tampoco. El bien y el mal es admitido por el hombre como concepto de relación. Es bien lo que menos mal produce a la especie humana y mal lo contrario. El instinto de conservación elevado a precepto moral observado como primera necesidad.

Si el hombre no hubiese podido hallar la medida del menor mal, la especie humana hubiera perecido. La medida aceptada como concepto del bien ha sido para el hombre lo que la concha a la tortuga: su defensa.

De ahí la necesidad de la educación de los sentidos para mantenerla; pues si la realidad muestra que en las cuestiones suscitadas entre los hombres aparecen el bien y el mal casi siempre provocadoramente equilibrados, sin la educación de los sentidos sería imposible contener el desbordamiento de las pasiones, y enlazadas unas con otras, las cuestiones llevarían en todo momento el fantasma de la lucha y la vuelta de los pueblos a la noche de ignorancia.

Y apareciendo las colectividades como una sola voluntad en las cuestiones con las otras, es indudable que la que peor tenga educados los sentidos, le es más fácil el desbordamiento de las pasiones y más próxima se halla de perecer entre sus luchas. Este producto lo pesaremos como malo y examinaremos el bien efectivo que produce.

Una disminución de los egoísmos por ser la fiesta más cara; un aumento de entusiasmo que ha levantado legítimas envidias entre los pueblos que se disputan la gloria de tener entre sus hijos alguno de los grandes toreadores, ha despertado la inteligencia de los niños que en su inocente ternura ya pronuncian los nombres de los matadores; ella ha unido pueblos divididos por mil discordias, con objeto de hacer una plaza de toros envidia de la comarca y llamar al comercio; por ella hemos conocido pueblos ignorados que la sola naturaleza del torero ha hecho célebres; por la fiesta han salido del lugar gentes que el amor al terruño y a la paz campesina jamás les hubiera dejado pasar a ciudad; ella ha elevado sueldos a 7 000 pesetas por tarde y sacado de la miseria y de la cárcel a la mayoría de los matadores, sin valor para soportar el dolor de un oficio; ha ensanchado el impulso de la actividad humana con el comercio de toreros con Méjico, que produce grandes rendimientos a muchas familias españolas; se ha logrado extender este comercio al mediodía de Francia; se ha trabajado en la construcción de infinitas plazas de toros y ha sido la que más rendimientos ha producido y la que más lágrimas han enjugado sus beneficios.

Aparte la realidad de que estos bienes pudo haberlos producido otra fiesta educadora del sentimiento, solo quedará el entusiasmo y la fé de la afición, que en muchos casos ha despertado energías de un misticismo grandioso, poco comunes con el estado de positivismo de nuestro tiempo, y a veces toma el carácter de una nueva religión y presenta a estos hombres como seres iluminados de una fé nueva.

La salida triunfal de los lidiadores a hombros de los sin fortuna, los besos de los iluminados, el devoto arrobamiento del creyente delante de los grandes matadores y la presencia de las vírgenes luciendo las galas de su hermosura y su virtud en la presidencia de la fiesta, muestra que nos hallamos en los comienzos de una nueva fé.

Los iniciados poseen el ardor de los primeros prosélitos. Recientemente, al intentar el Gobierno francés prohibir el espectáculo, las autoridades de Nîmes protestan airadas y por el camino de la violencia y la revuelta acuden al pueblo que espera y le dicen: «*Nosotros nos colocaremos a la cabeza de la manifestación y veremos si los fusiles de Francia se detienen ante los representantes del pueblo.*» Y pensando en los sacrificios del labriego y en las miserias del jayán que empeña la ropa de la cama por ver las faenas del ídolo, he soñado si el porvenir de la Patria podrá ser esta fiesta sin igual.

No cabe dudar que el corazón de aquellos manifestantes de Nîmes rebeldes contra el Gobierno de su Patria, en aquellos graves momentos debieron pensar en España. En España, ellos no tendrían necesidad de rebelarse, y pueda que un pensamiento de amor por nosotros hiciera vibrar la añoranza de sus almas.

La belleza no debe detenerse ante el dolor; el arte no es lo plástico, es la emoción de lo inesperado; y los poseídos de la fé no quieren obstáculos en su carrera. Al arte y a la belleza debe sacrificarse el sentimiento y los destinos de la especie.

Y al calor de las nuevas ideas, la floración de la literatura flamenca española expansiona su grandeza a una gran parte de Francia y a las más populosas ciudades portuguesas, y en aquellas lenguas hace sentir su influencia en las reseñas vibrantes del espectáculo.

Y fijándonos en el encarcelamiento preventivo de los toreros españoles en países extraños, veremos su temor a la expansión de nuestra fiesta.

Conviene meditar.

Los extranjeros no tienen derecho a encarcelar a los grandes artistas de la emoción, los portadores de la fé nueva. España que guarda respeto para los sabios, para los hombres de ciencia de todo el mundo, debiera pedir a los demás pueblos respeto para sus matadores. Ellos nos mandarían sus hombres de ciencia y nosotros les mandaríamos nuestros toreros, y con la expansión de la fiesta podríamos influenciar el mundo.

España vendría a ser con el tiempo, el mercado universal de los grandes artistas. Nuestra lengua sería conocida en todas partes, y los iniciados señalarían con el ardor de la fé los principios de una nueva era en la historia de la humanidad.

La capital de España, la gran pagoda del arte taurino, nueva Meca de los poseídos, cobijaría las caravanas de creyentes que de todos los ámbitos del mundo acudirían a embriagarse en su seno con las emociones del espectáculo. Emperatriz espiritual de la tierra, dictaría las leyes de la costumbre y asesoraría a los pueblos en la faena de los grandes maestros.

Si España a vuelto a sentir la fé, no puede permitir barreras al desarrollo del espectáculo. Si ella se siente predestinada a señalar nuevo rumbo a los destinos de la especie y a fijar límites al sentimiento ante las nuevas sensaciones de belleza, debe meditar que el hecho de prohibir los otros países el espectáculo, lo manifiesta como un peligro de sus costumbres, y el tiempo puede ir conformando el ánimo de sus pueblos con la necesidad de acabarlo de cualquier modo.

En este caso, los sueños de grandeza de los iniciados podrían producir otra desdicha.



Posibilidad de una venganza Cruel, no... Así

La necesidad de reproducirse unió el hombre a la mujer, y el cuidado y amor de los hijos creó la familia. El instinto de defensa reunió familias en un punto y nació el pueblo.

La familia y el pueblo son la base natural de la sociedad. Lo demás aparece como el artificio incesantemente modificado, derribado y levantado con nombres distintos: Nación, Estado, Imperio, República, Monarquía, Francia, España, Rusia, etc. No hay un pueblo que no haya pertenecido a Estados diferentes, a formas distintas de Gobierno y que por el artificio no haya sido español, francés, ruso, etc. El desarrollo de estas sociedades naturales crearon hábitos parecidos, y así se significaron como agricultores, comerciantes, pastores, industriales, pescadores, guerreros, etc. El pueblo que encontró su vida en el mar o en los grandes ríos, fué pescador, el que la encontró en el cuidado de la tierra, fué agricultor y el que las luchas entre sí arrancaron el hábito del trabajo, fué guerrero. Estos pueblos guerreros son los que han constituido por la fuerza las uniones artificiosas de las sociedades naturales en los Gobiernos de muchos de los actuales Estados, anticipando sus necesidades la obra del amor.

Un día se presentaron en un pueblo de labradores unos hombres armados y dijeron: desde hoy eres francés; tu hacienda, tu vida, tus afectos, irán unidos a la suerte de Francia. Y aquél pueblo pasó varios siglos añadiendo al dolor del trabajo la necesidad de cambiar su lengua. Otro día llegaron otros hombres y le volvieron a hablar: desde hoy eres alemán; tu hacienda, tu vida, tus afectos, irán unidos a la suerte de la patria alemana, y aquél pueblo siguió varios siglos, añadiendo al dolor del trabajo la necesidad de volver a cambiar de lengua.

De la obra del guerrero anticipada a la obra del amor, debió nacer el sentimiento de la dignidad colectiva que engendró la rebeldía contra el poder, y del resultado de la lucha nació la esclavitud. La dignidad del hombre en libertad le rebelaba contra el estado del guerrero y la lucha le alejaba del trabajo y la vida de la especie peligraba. Al vencer el guerrero, le dijo: «No pienses, tú solo cuida de trabajar y de dar hijos; yo cuidaré de tus necesidades y de las de tus hijos», y otra vez la vida triunfó arrastrando el trabajo, inevitable.

Y las Religiones, con la esperanza dulcificando el dolor del trabajo. ¡Allá arriba serían felices!

Cuando la naturaleza en su obra incesante de perfección de los sentidos halló medios de prolongar la vida de la especie hermanando la Li-

bertad con el Trabajo, cesó la esclavitud: todos los hombres intervenirían igualmente en el poder, para todos sería la Ley igual, y los pueblos, en aquel día, aceptaron como unidad de Estado la obra artificiosa del guerrero y en ella establecieron los nuevos derechos.

Y otra vez la naturaleza en su obra incesante de perfección de los sentidos hizo conocer a los hombres la unión artificiosa del guerrero, y pueblos pertenecientes a un Estado por el Derecho, se sintieron unidos a otros por el amor y otros quisieron separarse, y otros modificar los principios del Derecho para hacer, con la Libertad, más dulce la vida.

Y siempre la perfección de los sentidos en el surco de las dificultades allanando los obstáculos para no interrumpir su obra de bondad.

Y es que del hombre que es bueno porque no tiene libertad para ser malo, no puede decirse si es bueno ni malo, porque no ha podido ser más que bueno. Su bondad no merece ningún respeto. Del pueblo que colectivamente no puede hacer más que lo que hace, tampoco puede decirse que es bueno ni malo, porque no tiene libertad para ser una cosa ni otra. Aquél hombre es un esclavo; este pueblo, otro. No hay duda que hay pueblos y hombres que merecen ser esclavos. Por esto los que han tenido desarrollada la sensibilidad, han sido los primeros que han sentido los deseos de su libertad y han querido modificar la constitución de los Estados.

La constitución de éstos en casi todos los países es bien inocente. Veamos la del nuestro:

Cuando se les dijo a los españoles que todos intervendrían en la confección de sus leyes, se convino que cada 50.000 hombres mayores de 25 años, debían nombrar uno que les representara, y estos cuatrocientos y pico de representantes harían las leyes, y así se hizo. Sobre si el representante colectivo del Estado debía ser elegido también por el pueblo o no, si debía ser uno u otro, si la constitución debía ser en una u otra forma, se discutió muchísimo, y un día fueron unos cuantos soldados a la reunión y la disolvieron de cualquier modo. Desde entonces toda una familia se ha ido encargando de la dirección del Estado: primero el padre y después la madre, que la pasó al hijo cuando éste tuvo los 17 años. Este es bueno. No se puede decir otra cosa. Éste nombra a un amigo para que forme el Gobierno responsable y éste, a su vez, nombra ocho amigos más y juntos nombran a otros cuarenta y nueve amigos más, para gobernar las provincias. Los Gobernadores de provincia son Alcaldes de todos los pueblos y Jefes de todas las colectividades. Y el pueblo por un vaso de vino vota a fulano para que le represente cuando se haga la Ley o vota a otro, u no vota, o se enreda a tiros con cualquiera, o no se entera y el Gobierno gana, y si no gana, no vale. Llegan las elecciones de Concejales y los vecinos votan a fulano para que les administre el municipio, o no votan, o se enredan a tiros, y el día que el Ayuntamiento no hace lo que el Gobernador le manda, lo procesa y nombra otro. Y vienen las elecciones de Diputados provinciales y hace lo mismo.

Después emplea a unos y a otros de hombres influyentes para librar a sus hijos del servicio, para no verse en manos de la Justicia, para que

saquen a fulano de presidio, para que metan a aquél, para que les hagan un camino, para que les arreglen la carretera.

Esta realidad me ha hecho pensar en la fiesta como producto de una venganza necesaria.

El hecho es que el pueblo no conoce ninguna Ley y vive temeroso; presiente la burla y no se indigna. Si no puede pensarse en su resignación, forzosamente tendrá que desahogar su pena de algún modo. ¿Cómo? Si se vuelve contra las autoridades o mata a sus vecinos, la guardia civil le llevará a presidio, y la pena de la burla unida a la del trabajo le ha de hacer volver la vista a todas partes: su mujer, sus hijos..... Pero él tiene necesidad de desahogar su dolor, y al contemplar la fortaleza del toro conservando todavía su pastoral grandeza y la nobleza sublime del caballo, siempre airoso y bello, los ojos han de llevar a su alma la idea de la sensibilidad humana en aquellas bestias, y en ellas parece que desahogue su pena viéndolas correr humilladas.

Durante los varios años que estuve en un Regimiento de Caballería, observé el mismo fenómeno de venganza. La realidad mostraba en el Regimiento la presencia de cuarenta o cincuenta campesinos vigilados por otros tantos superiores. No bastaban para cubrir el servicio interior del cuartel y el furriel los llevaba como sujetos a la libreta del servicio, y hoy de cuadra, mañana de cuartel, el otro de guardia, pasaban meses sin salir a la calle. Cada uno tenía que limpiar cuatro o cinco caballos, lavar su ropa y coserse, cuidar de su equipo, acudir a las listas, montar, quitar las prendas al compañero, vigilar dos horas todas las noches, burlar la persecución de cabos y sargentos..... Los sábados el sargento de semana los formaba y les leía la cartilla de Leyes penales. Aquellos hombres parecían resignados. Sin embargo, cuando alguno de ellos salía de asistente u ordenanza, gozaba viendo a los demás compañeros continuar en su infeliz condición; unos y otros gozaban cuando en una revuelta callejera salían a mantener el orden y podían echar los caballos y los sables sobre la gente. Y la ocasión de poder desahogar su pena en los manifestantes viéndoles correr humillados, llenaba de alegría su corazón.

Después, todos habían sido los más valientes.

Durante la última semana de Julio del 99, fué mi Regimiento destinado a mantener el orden en Barcelona. Embarcando el ganado en la estación, supo que los separatistas habían tomado Montjuich y que al llegar al primer pueblo de Cataluña les recibirían a tiros. Algunos oficiales hicieron volver al cuartel a sus asistentes para reponerse de cartuchos. En la estación de Cambrils, dos Escuadrones estuvieron a punto de matar unos chicos que les traían viandas y refrescos. Era de noche y los taponazos de las gaseosas se confundieron con los primeros disparos del enemigo. Los mozos, que no se dieron cuenta del peligro, fueron abriendo las puertas de los coches y entregando lo recogido a los pobres que iban a la guerra, ya que ellos no podían impedirlo. Al correr del tren se hicieron los primeros disparos al ¡Adiós! de unos labradores que entre las estaciones de Torredembarra y San Vicente se fijaron en que conducía militares. Los oficiales tomaron su actitud por señas extrañas y rom-

pieron el fuego con los rewólvers. Y de unas estaciones más allá ya telegrafaron que en Vendrell habían hecho dos bajas al enemigo. La noticia era concisa y no expresaba de qué enemigo se trataba. Para entrar en Martorell hubo necesidad de simular un asalto porque el enemigo no les quería dejar pasar. En Barcelona, el sargento B, con toda la guardia, pasó la noche en la Caja de Ahorros, disparando porque le rebotaban las balas en la puerta. El Capitán C, pedía más municiones para la tropa, V., no podía escribir porque tenía el Escuadrón que le aguardaba a la puerta. En Sabadell los revolucionarios hicieron una traición: al tercer Escuadrón le metieron en un callejón sin salida, y luego le dispararon desde las puertas y ventanas «a boca de jarro». El sargento P., se cayó del caballo. También, un herido que tuvo el Regimiento enfrente del enemigo, en Horta, el Teniente L., en la sién, de un golpe que recibió de la testuz del caballo. Lo que más gustó a la tropa fué el servicio de recogida de cadáveres ¡Chico, nunca lo habían visto!

Las gentes sencillas de los pueblos recogían al Médico S., en Villafraanca, con una pierna rota por haberse caído en un pozo; al Capitán V., en Gélida, con otra pierna mal, de otra caída del caballo; a los carros en otro pueblo, a la impedimenta en otro. Los soldados enfermos, sin comer, que las gentes más humildes amparaban con santo amor: ¡pobrecitos que el Gobierno los quería llevar a la guerra! y los caballos llenos de mataduras y sin poder andar. Entretanto, las esposas de los oficiales y sargentos, que habían quedado en la guarnición, pasaban llorando por la puerta del cuartel porque a todas les habían muerto el marido y no se lo querían decir. Así que se supo que el Regimiento no había tenido bajas, se fueron muchas a Barcelona porque decían que era muy bonita. Al sargento P, se le presentaron dos, que luego se pegaron en las Ramblas. Después, las dulces cartas de los soldados en que ninguno había tenido miedo y todos habían matado más, con la postdata «*Tengo prisa, estoy de recogida de cadáveres*».

Un día les dijeron que tenían que volverse porque ya se había terminado y otra vez embarcaron en la estación y se marcharon.

Quando se fusiló a un hombre en Montjuich y el mundo nos llamó ¡crueles! yo pensaba en lo poco que la sociedad humana nos conocería. ¿Cruelles, de qué, si nosotros somos así?

¿Quién hizo correr la voz entre los soldados de que los separatistas habían tomado Montjuich y que en el primer pueblo de Cataluña les recibirían a tiros? ¿Fué la espontaneidad de la causa que les permitiría desahogar la pena de su infelicidad con el deseo de ver humillado aquel pueblo aborrecido? ¡Oh! ¿Qué pasaría por el corazón de cada uno de aquellos muchachos al oír las palabras de aquellas otras madres que les consolaban ajenas al estado de su ánimo? ¿También serían valientes?

¡Si los toros y los caballos pudieran llorar, es posible que sus lágrimas fueran tantas por la infelicidad de aquel pueblo que desahoga la pena en su dolor, como por el sufrimiento que el martirio les produce!

¿Arte y Belleza del espectáculo, nos has hecho así, o te hemos hecho nosotros?

EL HOMBRE-INFLUYENTE Y EL HOMBRE-ESPUTO

Los pueblos, al establecer en los Estados las normas generales del Derecho, fijaron los límites de la libertad para que la sociedad toda, en las distintas gradaciones, pudiera desarrollar su actividad con el menor mal posible.

Las bases del derecho fueron las buenas costumbres. Así los hombres más ignorantes conocieron las primeras Leyes porque fueron ellos quienes las hicieron, como complemento de una necesidad.

La Ley fué su defensa, y luego de hecha se consideró satisfecho. El cumplimiento de la Ley garantizaba la conservación de las buenas costumbres, y entonces los hombres se sintieron más felices. Las normas generales del Derecho fueron sencillas, así como la razón natural del respeto hermanada con el Amor, el Bien y la Vida.

El padre podría amar a sus hijos, su hogar sería respetado, sus propiedades y bienes también. El hombre sería libre para elegir el trabajo o la profesión que más le acomodara; las calles, los paseos, los caminos, serían propiedad de todos, y los mismos hombres, con su bondad, libremente limitarían el uso que de los bienes comunes podían hacer, y las Autoridades velarían el libre ejercicio del Derecho para que el trabajo no se interrumpiera y con él la vida de la especie. La privación de la libertad sería castigo que se impondría a los detentadores de la vida del Derecho.

Con la satisfacción y el remordimiento, la naturaleza señaló la íntima relación del Juez con el hecho, estableciendo el único y supremo tribunal de la mayoría de las acciones del hombre en el interior de su propio sér: la conciencia.

Desviada del camino natural, a medida que se han ido separando los jueces de los hechos que han tenido que juzgar, la Justicia ha perdido el sentimiento de defensa de la especie, convirtiéndose en el actual mecanismo de terror, que todos somos a engañar buscando salvar cada uno sus particulares intereses.

Ya en ese terreno, la desconfianza invade todas las manifestaciones de la vida, y aquel pueblo que cree hallarse viviendo la vida del Derecho, de hecho es un esclavo de sus vicios, haciendo llegar al corazón de los ciudadanos la sorda videncia de su infelicidad irremediable. Solo la desconfianza ha debido crear un Estado, que como el nuestro, no posee un solo Municipio capaz para administrarse libremente. Sujetos todos ellos a la tutela humillante de amigos de Ministros conocidos por Gobernadores de provincia, su inferioridad colectiva debe engendrar esas luchas

pobres, de odios, entre vecinos, que a veces hacen imposible la vida. La perspectiva del delegado del Gobernador despreciando y humillando la dignidad ciudadana ha de crear en sus almas la visión de su infelicidad, que de rechazo ha de crear la fantasía heroica de su desdichada valentía, con la cual satisface su vanidad de esclavo, creyendo haber humillado unas veces al toro noble y fuerte y otras veces al pueblo vecino que aborrece.

Y puestos ya todos los resortes de la vida del Derecho en manos de unos cuantos, llevadas todas las funciones administrativas del Estado a un solo punto, y abierto el camino de lo inconocido al pueblo capaz, la Vida, que no podía cesar, huyendo del terror de la Justicia ha buscado su defensa en la influencia, que ha debido crear el actual concepto del Bien en el hombre público.

Los esclavos del trabajo, pordioseros del Derecho, piden al hombre-influyente que les favorezca, y él acude a los Ministros a pedir favores, y los Ministros le favorecen y así consiguen un camino, un puente, una escuela los favorecidos del hombre-influyente. Otro día le piden un Regimiento con la perspectiva de explotar la miseria del soldado, y el hombre-influyente acude al Ministro y lo consigue. Otro día le piden que no se castigue a un delincuente y otro que se procese al maestro y también les favorece, y la fama del hombre-influyente alcanza caracteres inverosímiles entre sus «electores» como él les llama. Generalmente el hombre-influyente reside en Madrid y allí procura llevar la vida del Derecho de todas partes con el nombre de CENTRALIZACIÓN. Así lo resuelve todo más fácilmente. La diversidad natural sería un obstáculo a su grandeza. El pueblo, que debe presentir su esclavitud, acude a la plaza a humillar los toros y desventrar caballos, sin hacer caso del asco que a veces produce la visión de los excrementos espaciados entre el público y la arena, chilla y amenaza a las Autoridades, apostrofa a sus ídolos, y los humilla viéndolos destrozados, perseguidos y pisados por los animales.

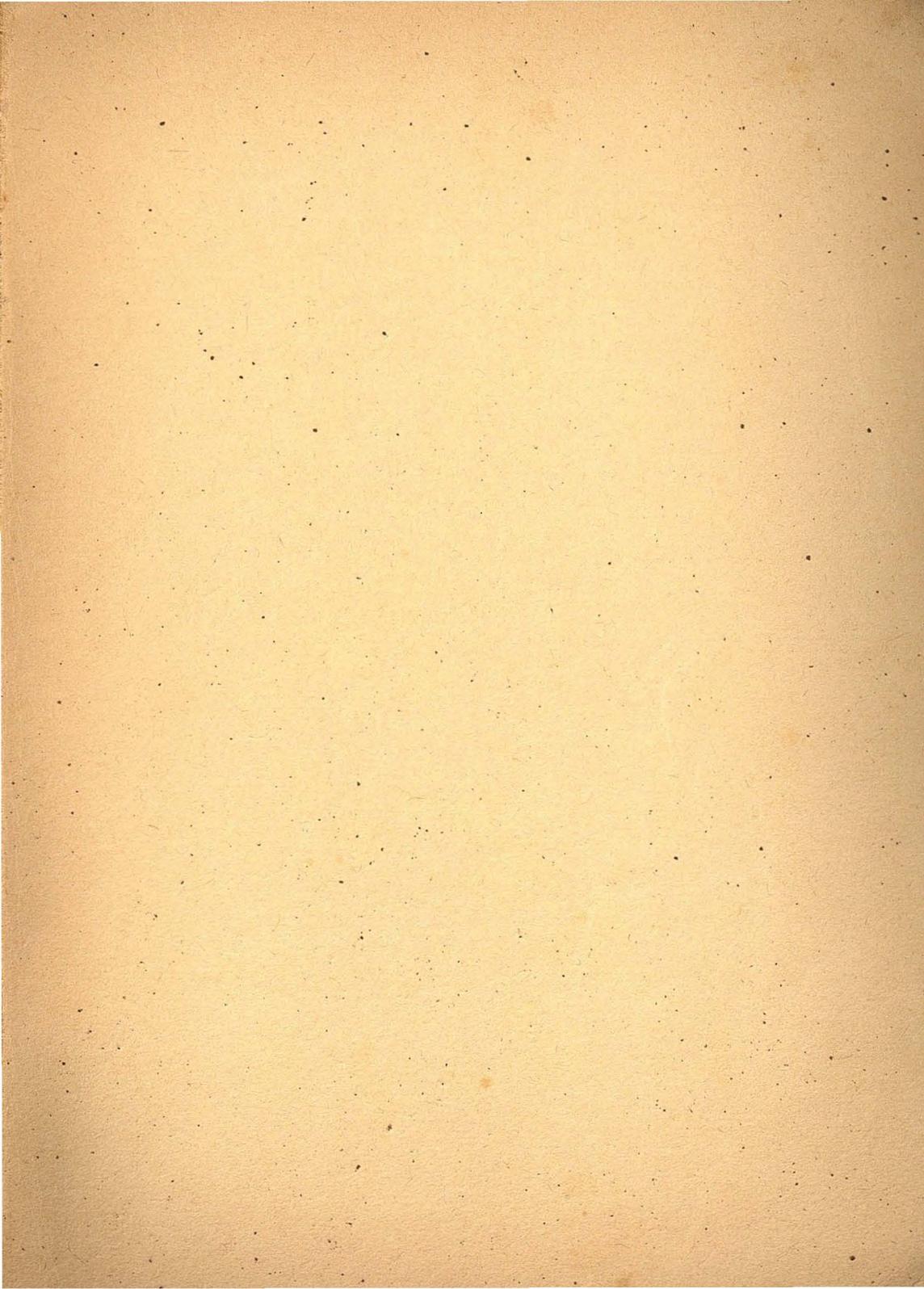
Claro está que el hombre-influyente no tiene ningún concepto de la dignidad ni de la Ley. El hace favores nada más. Su grandeza necesita de un pueblo indigno que en la práctica no tenga ningún derecho. El hombre-influyente es el hombre-tipo. A su lado se ha creado el hombre-esputo.

El hombre-esputo es otra manifestación de esta grandeza. Es el protegido del hombre-influyente. Arrojado de la Corte cuando se ha visto la imposibilidad de inquirirlo en cualquier Ministerio, el hombre-esputo ha pasado de Profesor, de Juez, de Delegado o de Inspector a cualquier capital de provincia, y siente, como su protector, la necesidad de hacer favores. Generalmente es un hombre bueno y conoce el poder de la influencia y ama la Corte, y vá y vuelve y se escribe y abraza con Ministros y guarda sus cartas y se ilumina cuando lo cuenta. Si el no hacer nada de provecho á la sociedad, si ser holgazán es malo, el hombre esputo no es bueno. Él solo trabaja para no hacer nada. El hombre-influyente cree en el porvenir de la raza, el hombre-esputo es un desenga-

ñado. El pueblo confía en estos dos hombres representativos y cree que la fama de alguno de ellos tiene poder hasta fuera de España.

Y como la Vida no puede interrumpirse, el hombre-espúto y el hombre-influencia han creado la grande industria de las dificultades. Todo es importante. Una carretera que no se arregla, es una comisión que vive en Madrid gastando en fondas, cafés y teatros, buscando influencias para allanar obstáculos. Una Cátedra vacante son las dietas de cuatro o cinco meses, a tres, cuatro y cinco duros diarios de los cinco señores que forman el Tribunal y veinticinco, cincuenta ó cien concursantes gastando en Madrid. Un pleito que no se resuelve, son dos comisiones: una en pró y otra en contra, acudiendo á las influencias para ser igualmente favorecido. Una Iglesia que se hunde, otra Comisión; un condeñado a muerte, otra buscando influencias para salvarlo. Un vecino que no quiere pagar a su Municipio, son dos comisiones: una de vecinos descontentos y otra del municipio. Los grandes municipios tienen ya nombrado en Madrid un representante para resolver dificultades; pero que en la práctica no evita comisiones ni dificultades. Una huelga que no se termina, son dos, cuatro, seis comisiones para resolverla, hasta que la necesidad rinde a huelguistas y a comisiones. Aquel banco, aquella industria, aquel comercio buscando en Madrid la vida del favor; la disposición, de hace dos años, llamando a Madrid a los opositores a mozos de Instituto para examinarlos de saber barrer, son muestras del desarrollo de esta industria, que hacen reflexionar; porque el continuado aumento de Ministerios y tabernas, cafés y casas de huéspedes, forzosamente harán agrandar las dificultades, y como yo soy de los que creen que la seriedad de los pueblos es algo real. que no se compensa con la satisfacción de ver humillado un toro, se me ha ocurrido escribir estas líneas.





1